

Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos.

Tarragó, M. N. (2000)
En ***Nueva Historia Argentina.***
Tomo: Los pueblos originarios y la conquista,
Cap. VII, pp. 257-300.
Sudamericana. Barcelona.

Los últimos quinientos años de la historia indígena en el Noroeste de la Argentina, entre los siglos X y XV d.C., se conocen como la época de los "Desarrollos Regionales" y se caracterizan por un fuerte crecimiento demográfico y por la aparición de sociedades pujantes que poseían territorios bien controlados y defendidos desde *los pukara*. Entre ellas, se destacaron las organizaciones de Calchaquí, Tastil, Yocavil y Belén, en las provincias de Salta, Tucumán y Catamarca. Al norte, y en relación más estrecha con el altiplano, se desenvolvían otros sistemas políticos en los núcleos de Tilcara, Humahuaca, Yavi y Casabindo, en la provincia de Jujuy. Más al sur operaban los centros de Sanagasta y Aimogasta, en La Rioja, y de Angualasto, en San Juan.

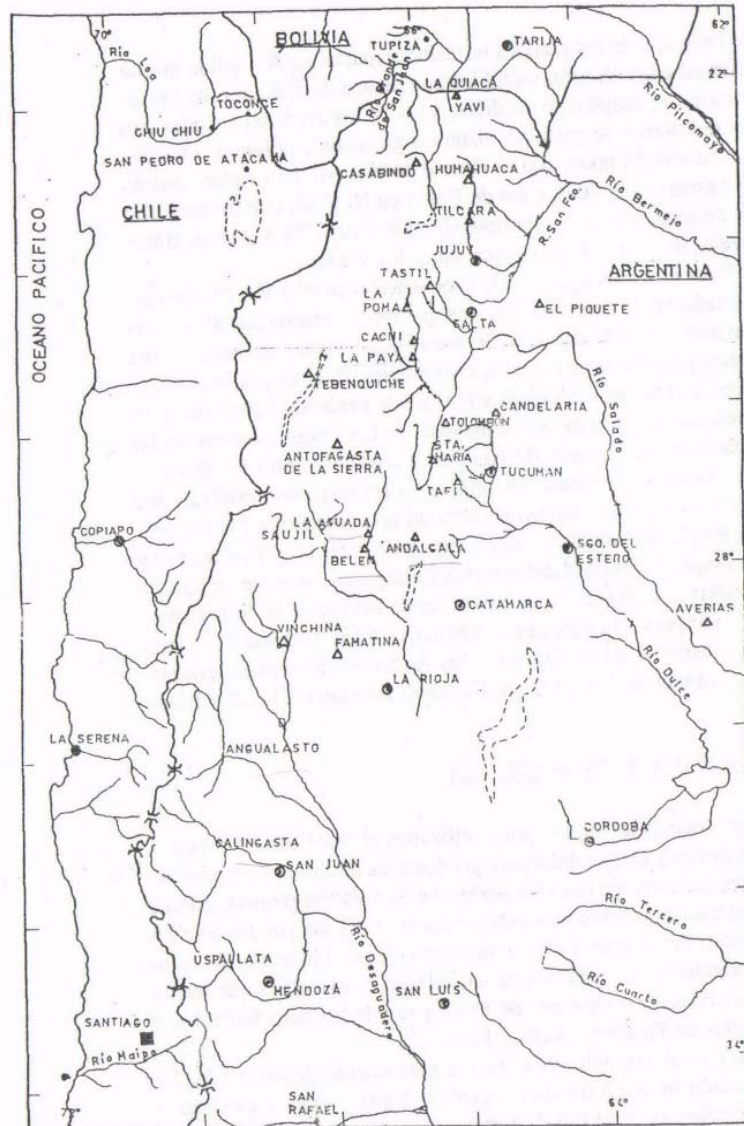
Al producirse en el siglo X el colapso de las sociedades que concentraban el poder político y religioso de La Aguada en la zona central del Noroeste, y el poder económico y político de Tiwanaku en el gran ámbito sudandino, la situación general de la región fue de profundos cambios y transformaciones. Nuevas formas económicas y políticas se gestaron dando lugar a entidades sociales que entraron en competencia con otras organizaciones semejantes, tanto por pastos, agua y rebaños, como por otros factores. En el proceso se entrelazaron los logros tecnológicos previos y las antiguas tradiciones culturales con los nuevos fenómenos demográficos, políticos y económicos. Estos últimos ocurrieron en relación con la aplicación de tecnologías más avanzadas y con la intensificación en el manejo de los recursos naturales y de su reproducción. La agricultura por irrigación, el control de los recursos de diversos pisos ecológicos y una explotación ganadera intensiva estaban bien establecidos. Durante ese desarrollo se acentuaron las relaciones sociales desiguales tanto en la organización del trabajo como en la distribución y el consumo de bienes. La instalación de talleres para la producción de objetos de alto valor social y simbólico por parte de artesanos especializados parece vincularse con el refuerzo y la consolidación de élites dentro de la sociedad.

El tránsito a la nueva época, de índole más civil, a diferencia del carácter teocrático que habían manifestado las sociedades vinculadas con el complejo religioso de La Aguada, implicó profundas transformaciones en la vida de las comunidades. Aunque las expresiones culturales en el arte mueble parecen más simples, el germen de los modernos poblados prehispánicos estaba en marcha hacia el siglo IX d.C. El inicio de los cambios que llevaron al gran desarrollo regional parece que comenzó con pueblos como los de Hualfin, Shiquimil y Molinos, entre los años 850 y 1100 d.C. El rasgo más conocido de esas sociedades fue la inhumación de niños en urnas cerámicas, decoradas mediante la aplicación de caras antropomorfas modeladas o con motivos zoomorfos y geométricos pintados, que se enterraban en parajes especialmente elegidos como áreas funerarias. Los lugares de vivienda parecen haber sido villas con pocas casas, a excepción de algunos pueblos más aglutinados, como el asentamiento de Molinos, donde se dio uno de los primeros casos de concentración de población en los valles Calchaquíes.

A mediados del siglo XIII estaban en funcionamiento "centros poblados" de varios cientos de habitantes y hasta miles, en todos los oasis de Puna y en los valles apropiados para la explotación agropecuaria. Con esos núcleos como cabeceras y una tendencia pronunciada hacia el desarrollo urbano se inició el clímax del florecimiento regional de las poblaciones del Noroeste en el interior de cada una de las grandes unidades espaciales. A medida que se afianzaba la cohesión social interna dentro de cada uno de los territorios, se ampliaban las diferencias en los aspectos sociales con los restantes y se gestaban sistemas políticos tendientes a la centralización del poder. Tal es el caso de

Yocavil, con varios centros de primera magnitud, y los de Belén en Hualfin, que desplegaron un dominio territorial de considerable extensión y con distintos niveles de acción hegemónica sobre los vecinos.

Estos procesos sociopolíticos ocurrieron en relación con una intrincada red de guerras y alianzas que van a caracterizar al periodo — que antecede a la dominación inca en los Andes del sur, y cuya complejidad recién empieza a vislumbrarse dado que sólo se cuenta con fuentes arqueológicas y la clase de evidencias que éstas proporcionan no permite, en la mayoría de los casos, penetrar en las situaciones cambiantes de alianzas y conflicto entre las distintas sociedades involucradas. Sin embargo, un rasgo sobresaliente fue el pukara o pucará, centro residencial con características defensivas, emplazado en la cima de cerros o mesetas de difícil acceso y con amplia visibilidad del entorno. En algunos casos, se agregaban murallas de defensa. La delimitación de los espacios de pertenencia no impidió el intercambio. Un activo tráfico regional a corta y larga distancia articulaba todos los Andes meridionales destacándose entre otras, las redes con Copiapó, Atacama, Chicha y Lipez.



Región del Noroeste argentino con localidades arqueológicas.

ECONOMÍA Y DEMOGRAFÍA

Las sociedades de la época utilizaron al máximo los recursos disponibles y las posibilidades productivas de las tres grandes regiones que caracterizan a los Andes del Noroeste argentino: la Puna o altiplano meridional, los valles y quebradas y las yungas o valles húmedos del oriente. Para ese momento es posible hablar de colonias efectivas dependientes de sociedades de los valles que tenían sus enclaves en ambientes de Puna y en los bosques húmedos y calientes de Tucumán, Salta y Jujuy.

La agricultura hidráulica estaba plenamente desarrollada. La utilización de los terrenos cultivables hasta límites superiores a los actuales, al igual que la colonización de otras fajas ambientales más bajas desde los núcleos densamente poblados de los valles, fue posible gracias al desarrollo tecnológico que había incorporado el regadío en forma sistemática y el control de la erosión edáfica por medio de intrincados sistemas de terrazas y parcelas de cultivo. Tres grandes sistemas se practicaron al mismo tiempo: el cultivo de fondo de valle, el cultivo de ladera en andenes (bancales estrechos y paralelos) y la explotación de cuencas de alto rendimiento. Entre estos campos especiales, sobresalieron las cuencas de Coctaca y de Guasamayo (Alfarcito) en la quebrada de Humahuaca, con 3.900 y 1.200 hectáreas bajo riego, respectivamente. La producción agrícola en la quebrada del Toro se centralizó en las cabeceras con mayores recursos hídricos, totalizando alrededor de 1.000 ha con regadío.

En el valle Calchaquí, Las Pailas representó otro gran sector agropecuario que abarcaba cientos de hectáreas en la zona de Cachi Adentro. Ingresando al valle de Santa María, otros importantes centros se encontraban en Caspinchango, en la banda oriental de Yocavil; Quilmes en la occidental, con una sofisticada represa de piedra provista de un canal derivador; y las parcelas agrícolas de Huasamayo, en El Cajón. Más al sur, las andenerías de Azampay, con sistemas de terrazas regadas por canales que se alimentaban mediante estanques y bocatomas en una extensión de 6 km², producían los excedentes necesarios para sostener el sistema Belén del valle de Hualfin. En La Rioja había numerosas parcelas de cultivo, como en la zona de Angulos y de Cerrito Solo, Famatina. En Angualasto, al norte de San Juan, las principales actividades agrícolas se realizaban en los campos de la margen oriental del río, para lo cual contaban con un sistema de acequias de riego a partir de un ancho canal troncal. Aguas abajo, en el extenso "barreal" de Pachimoco, Salvador Debenedetti observó en una extensión de 30 km² una sucesión de terrazas escalonadas para la labranza.

En los ámbitos púnenos hubo explotaciones agropecuarias de menor escala, dado que su práctica sólo era posible en las cuencas con recursos hídricos suficientes dentro de un medio desértico muy estricto. Las zonas de mayor envergadura se desarrollaron en el área de Yavi y en la quebrada de Rachaite o Doncellas, donde existieron instalaciones agrícolas que cubrían 3.000 ha, incluyendo bancales y cuadros de cultivos. Más al occidente también hubo sistemas de parcelas de cultivo en el río Grande de San Juan. En las tres zonas en torno de Casabindo (Sayate, Potrero y Tarante) existieron cerca de 500 ha bajo riego y un monto similar se encuentra en estudio en la cuenca del río Punilla, en Antofagasta de la Sierra.

El padre Barzana comentaba, en la segunda mitad del siglo XVI, que las poblaciones indígenas cultivaban maíz en "muchísima abundancia", papas, frijoles, quínoa y zapallos. Diversos hallazgos amplían la lista con variedades de ají y maní. Un complemento valioso fue la recolección de la algarroba y de los frutos del chañar para la preparación de panes dulces, arrope y bebidas alcohólicas, lo que motivaba grandes peregrinaciones y fiestas anuales. El excedente agrícola era guardado en silos de varias clases. Las estructuras construidas en paredones rocosos elevados y en los lugares más secos deben haber servido especialmente para el maíz. Las papas y otros tubérculos pudieron guardarse en pozos y la quínoa, por el tamaño reducido del grano, se almacenaría mejor en vasijas y sacos tejidos. Los derechos al acceso y el control de tales espacios productivos debieron generar tanto alianzas como conflictos entre las distintas etnias.

El pastoreo de la llama fue un medio de subsistencia básico. Para el mantenimiento de los rebaños, las poblaciones combinaban los pastizales de altura y de los "ciénagos" (vegas) de fondo de valle. Su explotación fue completa, es decir con aprovechamiento de todos los productos y subproductos del animal, a juzgar por los restos óseos de alimentación, las estructuras de corrales, el uso de fibras para textiles y diversos artefactos, como ojotas y bolsas de cuero. Los ganchos de

madera para amarrar las cargas a las llamas caravaneras son indicadores de un activo tránsito. Todas las sociedades parecen haber complementado la ganadería con abundante caza de guanacos, vicuñas y tarucas (ciervos andinos) en pampas altas y en ambientes de Puna. Otras especies silvestres de aves y mamíferos debieron jugar un importante papel en la vida social a juzgar por las representaciones en el arte cerámico y en pinturas rupestres, tales como los loros, chinchillones (*Lagidium*), quirquinchos o mulitas, batracios y serpientes.

El acceso a los recursos de los ambientes altoandinos y de las yungas se efectuó, entre otras formas, por medio de la instalación de enclaves de colonos dependientes de los núcleos vallistas. Las sociedades de Yocavil poseían puestos de altura en Tafi del Valle (papa y pastoreo) y en el bosque tropical tucumano (maderas, cera, tintes, plumas, algodón, frutos del bosque). Inclusive es posible que su influjo haya llegado de algún modo hasta el chaco santiagueño. Belén estableció satélites en el valle de Abaucán mientras complementaba productos de altura con La Alumbra y de valles más bajos, a través de Andalgalá. Las sociedades de la quebrada de Humahuaca aprovechaban las quebradas transversales para acceder a la Puna y a los valles del este. Durante la época inca se optimizó la producción agropecuaria para el Estado, como en el caso de los extensos campos de Rodero y Coctaca, pero las modalidades tecnológicas básicas fueron conquistas de los pueblos locales. En cambio, el colapso del complejo sistema agropecuario indígena sobrevino a medida que se produjo la penetración hispánica en los valles y quebradas del Noroeste.

La población dispuso de una dieta más balanceada que en épocas anteriores, dado que podían cultivar variedades de maíz de buen rinde y practicaban una actividad ganadera intensiva, con abundante provisión de carne de camélidos. Esto no significa que toda la población haya tenido una buena ingestión de proteínas; por el contrario, parece que hubo distinta calidad de dieta según los grupos sociales, tal como se ha podido estudiar en la población del pukara de Tilcara.

El cálculo de la suma total de la población en el momento de la conquista hispánica no es fácil, aun en el Perú, donde los documentos escritos son más abundantes y específicos. Sin embargo, la magnitud de la infraestructura agropecuaria, que superaba a las áreas productivas modernas, y de los asentamientos humanos, que albergaban cientos y miles de personas, permite sustentar una alta densidad demográfica en los valles y quebradas, tal vez en niveles superiores a los actuales. Tomando como caso los valles Calchaquíes, y apoyándonos en las cantidades de individuos por pueblo que se registran en los Autos de Pedro Bohórquez, para 1657-1659, durante la guerra de Mercado y Villacorta contra los calchaquíes, tenemos una estimación mínima de población para el valle de Yocavil de 10.000 habitantes en la segunda mitad del siglo XVII. Hay que considerar las pérdidas demográficas sufridas en las guerras que ya habían sostenido contra los españoles y la ruptura del sistema productivo que éstas provocaron, en particular la imposibilidad de explotar otros pisos ecológicos alejados del núcleo. Esto debió reducir sensiblemente la capacidad de sustento y crear un fuerte estrés en la población residual.

En consecuencia, la referencia del jesuita del Techo respecto de los calchaquíes — "Contábanse treinta mil almas en el campo y en las poblaciones muchísimas"— no resulta descabellada para comienzos del XVII, y en la época prehispánica tardía podría haber alcanzado los 50.000 habitantes. Es posible que una población similar se haya desarrollado en los valles de Hualfín y Abaucán y, con una densidad menor, en los valles preandinos de La Rioja y San Juan. La cuenca de la quebrada de Humahuaca debió poseer una población semejante o algo inferior a la de los valles Calchaquíes. Y en el borde oriental de la Puna existen estimaciones para algunos asentamientos, como es el caso de Agua Caliente de Rachaite, donde habría ascendido a 3.000 habitantes, cifra equivalente a la propuesta para Tastil, en la quebrada del Toro.

SOCIEDADES Y TERRITORIOS

La extensión espacial de las organizaciones y, por ende, la densidad de instalación, fueron muy variables durante la época prehispánica tardía. Sin embargo, la unidad mínima estaba dada por un asentamiento tipo pukara en lugares altos, desde el cual se ejercía un control del espacio agropecuario circundante, de los recursos de agua y pastos y de las viviendas de los campesinos que se distribuían en los terrenos bajos cercanos a los ambientes productivos. La noción de pukara en los Andes va más allá de la concepción de fortaleza que sin duda implica,

dado que en la misma se superponen dos dimensiones simbólicas, una que alude a la Madre Tierra, la Pachamama, y otra que se asocia a los antepasados. De ahí que la conjunción de "chacras", instalaciones básicamente agrícolas y el "pukara" como centro social, político y religioso, constituya una metáfora del período.

En el seno del agreste espacio de la Puna se dieron desarrollos sociales de dominio más limitado que en los valles pero con rasgos singulares, dadas sus afinidades en las prácticas simbólicas y funerarias con otras sociedades altiplánicas de Lípez, Potosí y del alto Loa. Tal vez el caso más característico de un solo pukara y su área de influencia circundante sea el de La Rinconada, que controlaba la cuenca de Pozuelos y los asentamientos bajos como el de Yoscaba y el sitio homónimo, en la provincia de Jujuy. Se trata de un conglomerado con defensas sobre una alta meseta, de acceso restringido. La cuidada arquitectura en piedra estaba regulada a través de vías de circulación interna y una instalación inusual en los Andes meridionales: el trazado de un sistema de canaletas que conducía el agua de lluvia hacia los bordes de la meseta donde se podía recoger en una especie de bateas. En una posición destacada se levantaban dos monolitos cilíndricos, de 2 m de altura.

Al pie de los farallones volcánicos donde se yergue el pukara, los habitantes utilizaron huecos tapiados como tumbas, y otras oquedades como silos o depósitos. En un abrigo vecino, dibujaron bellos frescos rupestres con escenas de figuras humanas vestidas y grupos de llamas en varios colores, que fueron dados a conocer a comienzos del siglo por Eric Boman, uno de los investigadores pioneros de nuestro Noroeste. Las representaciones informan también sobre la circulación de símbolos de índole guerrera en los Andes centro-sur, como las figuras con "escudos" similares al santamariano. Desde el núcleo defensivo se podían controlar las rutas que cruzaban el despoblado puneño. La abundancia de horquetas o ganchos de madera para liar los fardos en las llamas cargueras y las excelentes condiciones para su cría en las aguadas y pastos de la laguna ayudan a comprender el papel jugado por la sociedad de La Rinconada en el tráfico a corta y larga distancia.

Más al sur, en la cuenca del río Miraflores, departamento de Cochinocha, se dio un crecimiento poblacional de mayor escala que tuvo sus focos de desarrollo en la zona de Doncellas y Casabindo. En la primera existió una unidad funcional que se integraba por el poblado de Agua Caliente de Rachaite, de tipo conglomerado sin defensas, con extensas parcelas agrícolas, silos para almacenaje y lugares funerarios muy singulares. El poblado incluyó un mínimo de 270 unidades de vivienda. Tres vías de circulación longitudinal permitían la comunicación con los distintos barrios y con la zona funeraria y ceremonial que se encontraba en los farallones rocosos que limitan el asentamiento, por el norte y el sur. En la escarpa meridional los pobladores construyeron numerosas casas-tumbas conocidas como "chullpas", debajo de aleros, y otras sepulturas en oquedades rocosas tapiadas. Otro aspecto de carácter ceremonial fue la colocación de monolitos cilíndricos en la parte central del poblado. La excavación practicada por Lidia Alfaro en torno a éstos permitió registrar restos de ofrendas y huesos de la cabeza de camélidos. Este asentamiento tuvo un desarrollo prolongado desde por lo menos el siglo IX d.C., con el uso de bienes de filiación Tiwanaku, hasta el XVI y XVII, en la época de contacto con los incas y con los españoles.

El conjunto de asentamientos de Casabindo articulaba áreas agrícolas y pastoriles con zonas residenciales que compartían algunas modalidades con Doncellas. La producción mixta permitió sostener una población que se hallaba estructurada en tres núcleos poblados de posición estratégica, sobre mesetas o macizos elevados del entorno, denominados pucará de Tucute, Toraité y Ojo de Agua. Numerosos silos permitían organizar el consumo en el ciclo anual. Al este de Tambillos, hay huellas del camino prehispánico que atravesaba la Puna en sentido longitudinal dirigiéndose hacia la laguna de Guayatayoc, las Salinas Grandes y las cabeceras de los valles Calchaquíes.

Otro centro de desarrollo estuvo en Yavi, en el borde noreste de la Puna de Jujuy. En ese sector cruzado por los valles de Sansana, Yavi y Yavi Chico, verdaderos oasis en el desierto, se localizó un conjunto social que fue denominado cultura de Yavi por Pedro Krapovickas. Pero fue ésta la expansión más meridional de una entidad cultural extendida por el sur del altiplano boliviano y cuyo foco debió encontrarse en los valles de los afluentes puneños del río Pilcomayo. El pukara de cerro Colorado y el Pueblo Viejo de La Quiaca estaban localizados en puntos estratégicos. A partir

de ellos la entidad social controlaba una amplia zona y, entre otros, el denso poblado de Yavi Chico, que se encontraba en el lugar más apto para el desarrollo de los cultivos.

Desde el punto de vista ritual, se ha informado sobre el uso de una mesa altar en Yavi Chico en el interior de un edificio, y de monolitos en forma similar a La Rinconada y Doncellas. Por otro lado, era una práctica extendida la incorporación de cerámica "matada" entre las ofrendas fúnebres, que consistía en abrir orificios en las bases de las vasijas. Son notables, además, los parajes con arte rupestre que combinaban signos grabados en bloques rocosos al aire libre y pinturas en abrigos en dos modalidades: figuras naturalistas de hombres y camélidos y guardas geométricas complejas, típicas de la cerámica de Yavi. La calidad de esta alfarería, que fue un bien de intercambio en una gran región, desde el Loa a Catamarca, la organización espacial del conjunto de asentamientos, y la variable riqueza en los ajueres mortuorios sugieren una organización sociopolítica con situaciones de especialización laboral y jerarquización social.

Humahuaca y Tastil

En el ámbito de Humahuaca y quebradas subsidiarias se dio un largo proceso de evolución de las poblaciones hasta alcanzar, en los últimos cinco siglos antes de la entrada de los europeos, uno de los desarrollos sociales y políticos más complejos que ocurrieron en los Andes meridionales. La base de sustento fue un sistema agrícola y ganadero bien implementado, con medios como el riego, el control de suelos y el uso alternado de pastizales de valle y de altura. La tecnología tuvo avances propios como en los textiles, la lapidaria, una fina industria del hueso y de la madera, la metalurgia y una producción cerámica caracterizada por diseños geométricos en líneas negras sobre un engobe rojo.

En la esfera política parece haber ocurrido un delicado interjuego entre situaciones de conflicto y de alianzas entre las distintas entidades que tuvieron su espacio en dicho ámbito, por lo que se han planteado varias hipótesis en cuanto a las formas de organización, aunque quedan muchas facetas por desbrozar. Con un patrón de poblamiento que articulaba los pukara en cerros y pueblos bajos sin defensas, desde donde se regulaba la producción agrícola y pastoril, había también unidades de viviendas distribuidas en las zonas de producción agraria. Tomando en cuenta las posibles cabeceras en función del tamaño y la distribución de las instalaciones residenciales, habrían existido tres grandes territorios sociopolíticos que implementaron distintas características materiales en el proceso de demarcación del poder. En la parte septentrional se levantaron varios centros defensivos, como el pukara Morado y el de La Cueva en la quebrada de ese nombre, y en Humahuaca, los pukara de Rodero, Peñas Blancas, Calete, La Huerta, Campo Morado y dos núcleos que podrían haber estado articulados entre sí y revestir, por ende, una mayor importancia. Estos son el pukara de Yacoraite, sobre la ribera del río, y Los Amarillos, al pie del llamativo cerro con formaciones geológicas de ese color. Para el mantenimiento de las poblaciones de ese sector, debió operar el sistema agrícola de Coctaca con sofisticadas instalaciones de cultivo e irrigación, además de la producción de fondo de valle.

Otro de los territorios fue el de Tilcara en la parte media de la quebrada, con un gran centro urbano reconocible como cabecera. Su dominio se habría extendido entre el angosto de Perchel, donde funcionaba un reducto defensivo de cumbre, y Purmamarca. En esta quebrada se desarrollaron el denso poblado de Ciénaga Grande, estudiado en la década del 40 por Alberto Salas, y hacia el norte, en Juella, otro poblado organizado internamente por callejuelas y agrupaciones de viviendas, en la quebrada homónima. Los grandes campos agrícolas de Alfarcito, al este de Tilcara, debieron proporcionar importantes excedentes agrícolas para el soporte de esa entidad. En el pukara funcionaron talleres de producción especializada, de metalurgia entre otros, así como grandes corrales junto a la vega, al pie del cerro, probablemente usados para el cuidado de las llamas cargueras que sostenían el tráfico de mercaderías por el camino longitudinal que recorría la quebrada, y por otros senderos secundarios. En la primera mitad de este siglo, arqueólogos como Juan Bautista Ambrosetti, Salvador Debenedetti y Eduardo Casanova excavaron estos asentamientos, y ubicaron numerosas tumbas tanto en cementerios como en el interior de viviendas. Los adultos y los niños eran inhumados en cámaras subterráneas con tapa de piedras aunque, a veces, los párvulos también podían ser enterrados en vasijas de los estilos cerámicos Tilcara, Hornillos, Angosto Chico y La Poma negro sobre rojo.

En la parte meridional operaba un complejo social que ejercía su poder desde el elevado pukara de Volcán, asentamiento que en su máxima expansión albergó unos 400 recintos pircados. Desde el punto de vista arquitectónico se diferenciaba de otros pukara quebradeños por el trazado de una gran vía que dividía al poblado en dos mitades —septentrional y meridional— y que regulaba la circulación hacia el gran montículo ritual emplazado al occidente. Aunque la alfarería usada guarda correspondencias estilísticas con las producidas en Tilcara, había una mayor heterogeneidad de fabricación y se consumían vasijas alóctonas procedentes de Tastil y del alto valle Calchaquí, lo que induce a pensar que esta entidad habría actuado como pivote de interacción en los intercambios entre los grupos de la quebrada de Humahuaca y de otros valles.

De esta organización parece que dependían una serie de instalaciones residenciales subsidiarias en quebradas más húmedas, como en Tiraxi. En los valles orientales de las serranías de Santa Victoria y de Zenta, así como en el valle Grande de Jujuy, se desarrollaron asentamientos tipo pukara y numerosas terrazas para agricultura, lo que ha sido interpretado como instalaciones de colonos que eran controlados o dependían de las cabeceras de Humahuaca, Tilcara y Volcán respectivamente. Sobre el final de la época prehispánica, el sistema político con cabecera en Tilcara parece que alcanzó un mayor predominio.

La quebrada del Toro, en la provincia de Salta, constituyó un espacio económico y social significativo durante el período tardío. Integrada por la quebrada homónima y la de Las Cuevas, desemboca en el valle de Lerma. El conjunto comprendía un gran centro urbanizado, sito en Santa Rosa de Tastil, otros poblados de segundo y tercer orden como Morohuasi, Puerta de Tastil, Incahuasi y Las Capillas y centros agrícolas en las localidades de Potrero, Pie del Paño y Pie del Acay. Tastil fue una enorme aglomeración de viviendas de piedra que fueron investigadas por Eduardo M. Cigliano y Rodolfo A. Raffino en la década del 70. El cálculo dio algo más de 1.100 recintos en un área de 12 ha. El sistema de circulación se componía por cantidad de callejuelas de acceso a las viviendas y por algunas calles principales que conducían desde la entrada hacia el centro y hacia los espacios públicos que se presentan en forma de cuatro plazas abiertas, ubicadas en el sector central y norte.

Es interesante el patrón funerario de esta población, dada la asociación regular entre los lugares de vivienda y las sepulturas que se construían por medio de círculos de piedras adosados exteriormente al muro o en el interior de los patios. Mientras que la cerámica que acompañaba a los difuntos fue menos variada que en otros centros, estilísticamente estaba vinculada a la modalidad del santamariano de Cachi. Había también vasijas de otros estilos, tales como cuencos Poma negro sobre rojo, otros con el interior negro pulido y vasijas rojas engobadas, obtenidas en esferas de intercambio con la Puna, la quebrada de Humahuaca y el alto valle Calchaquí. En las ofrendas mortuorias abundaban las calabazas pirograbadas, así como diversos objetos de madera, hueso y metal. Una de las manufacturas importantes fue la textil.

La Puerta de Tastil ocupaba una posición estratégica en la unión de las quebradas del Toro y de Las Cuevas. Morohuasi se hallaba a 25 km y la estimación de trescientos recintos lo ubica en una posición intermedia entre el gran centro de Tastil y la Puerta. El tipo de agrupamiento y la densidad de viviendas plantean la existencia de grupos sociales heterogéneos y con actividades diferentes de las agrarias, en algunos sectores de la población. Si bien esta entidad sociopolítica poseía una producción agropecuaria local, su magnitud era reducida en relación con la demografía. Por eso es que ha planteado un aprovisionamiento extrarregional, llegado desde Lerma y de la Puna de Salta. De hecho, la posición del gran centro a la vera del camino que se dirigía a Cobres y a la Puna de Atacama destaca la importancia del sistema político en las redes de distribución de bienes y recursos entre las distintas zonas, como Volcán y La Poma.

Calchaquí y Yocavil

La región de los valles Calchaquíes fue otro de los territorios de mayor complejidad sociopolítica. Allí establecieron los incas importantes instalaciones administrativas. Del mismo modo, a la caída de la capital cuzqueña, fue el principal escenario de las guerras contra el dominio español. A partir del extremo norte del valle Calchaquí había al menos once núcleos importantes de población, que combinaban los pucarás con poblados bajos, entre otros, Fuerte Alto de La Poma, pukara de

Palermo, Payogasta, Cachi Adentro, El Churcal, Molinos y Angastaco. En la zona de Cachi Adentro, el poblado sobre meseta de Las Pailas controlaba el espacio agrario constituido por intrincados canchones y terrazas de cultivo, canales de irrigación y de drenaje. Sin embargo, la producción básica para el sustento de las poblaciones se efectuaba en la faja aluvial del fondo de valle que incluía, además, valiosos bosquecillos de algarrobo y chañares. La cabecera de todo este territorio estuvo, al menos en la época inca, en el centro de La Paya que fuera excavado en 1906 por Juan B. Ambrosetti, con un registro de doscientos hallazgos, en su mayor parte cámaras funerarias, y el sector de Casa Morada en 1981, por Alberto Rex González.

En el espacio del valle de Santa María o Yocavil hubo un desenvolvimiento aun mayor, con el surgimiento de catorce núcleos con alta densidad de viviendas. Las quebradas de Tolombón y Pichao fueron intensamente ocupadas. En la primera el pukara dominaba el área agrícola desde un espolón muy escarpado y protegía la población baja que había ido creciendo al pie del cerro y que fuera investigada por Francisco de Aparicio y equipo en los años 40. A continuación se emplazaba el gran poblado de Quilmes, que según las fuentes tuvo bajo su control a once pueblos. Le seguían los núcleos residenciales fortificados de Fuerte Quemado, Las Mojarras y Rincón Chico. Estos centros se caracterizaron, como todos los emplazados en la sierra del Cajón, por la construcción de las viviendas en un cerro o espolón rocoso muy escarpado, lo que obligó a los habitantes a implementar verdaderas obras de ingeniería para alojar las viviendas en plataformas escalonadas y construir defensas contra los escurrimientos del agua de lluvia de carácter torrencial. Desde esos focos, se articulaban diversas unidades domésticas de carácter rural, así como talleres artesanales. Esta modalidad estaba muy desarrollada en la franja occidental del valle de Yocavil. Río arriba, en el valle del Cajón hubo también asentamientos aglomerados, destacándose, por su gran tamaño, el pukara de Famabalasto.

La formación geológica de las serranías proporcionaba buenos materiales para la construcción de viviendas (lajas de filitas grises, canteras de cuarzo blanco y de feldespatos rosado). Bloques de estas tres rocas se imbrican en la construcción de las paredes del área pública y residencial de Rincón Chico, Las Mojarras y Quilmes, poniendo de manifiesto en la arquitectura los tres colores del estilo santamariano, con su profunda carga simbólica.

En el lado oriental del valle se destacaban dos poblaciones en altas mesetas; la principal fue la Loma Rica de Shiquimil y la de segundo orden, la Loma de Jujuil. El trazado de estos poblados gemelos era, por su emplazamiento, en damero más regular, con una vinculación estrecha entre los conjuntos residenciales. La Loma de Shiquimil abarca unos doscientos recintos, dos espacios públicos en forma de plaza ubicados al oriente —a la salida del sol— y al poniente, y una calzada que divide el poblado en dos partes, oriental y occidental. Otros núcleos más reducidos se dieron en Yasyamayo, Amaicha y Masao hacia el norte y en Ampajango y Pajanguillo en el extremo sur. También se articulaban casas dispersas en el ámbito agrario con agua corriente, como en Caspinchango, Andalhuala y Entre Ríos, en los cuales se han hallado numerosos lugares mortuorios.

En el extremo meridional de los valles, el gran fuerte del Mendocino controlaba la entrada y cerraba la frontera de las entidades sociales santamarianas. Hacia el este, en el valle de Tafi, San Pedro de Colalao y Salí, existen restos de habitaciones y cementerios de urnas santamarianas que sugieren un control de estos espacios productivos desde el eje vallisto. Si bien el panorama sociopolítico preincaico fue muy complejo, es posible que en el ámbito del poder hayan funcionado tres o cuatro organizaciones con una cabecera principal y otra secundaria, como la de Tolombón y Pichao, Quilmes y Las Cañas; y en la parte meridional del valle Yocavil, al menos dos estructuraciones políticas: una al oriente con la Loma Rica de Shiquimil como cabecera y la otra en el occidente, con el núcleo principal en Rincón Chico. En el Cajón habría funcionado la entidad sociopolítica con cabecera en Famabalasto y un énfasis en la explotación ganadera de la alta cuenca. Es probable, también, que en vísperas de la conquista inca hayan alcanzado un mayor grado de integración a través de un tipo de organización federativa jerarquizada como la que existió entre los aymara.

Belén y su área de influencia

Más al sur vivían otros pueblos, afines con los de Yocavil por sus costumbres y su lengua, el cacán. Sus restos materiales son conocidos como cultura Belén. El centro principal estuvo radicado

en el valle del río Hualfin, y extendieron su influjo por el oriente algo más allá de Andalgalá y hacia el occidente, por el valle de Abaucán. Los estudios destinados a excavar los asentamientos y fechar las ocupaciones fueron iniciados por Alberto Rex González a partir de los 50. Al igual que en los valles Calchaquíes, se produjo un sensible desarrollo poblacional, sobre la base de una economía agrícola-pastoril avanzada que se desplegaba en los campos de Azampay y en otros. En un comienzo, entre los siglos IX y X d.C., la población se distribuía en pequeños núcleos constituidos por grandes recintos rectangulares de anchos muros y otros más pequeños adosados, donde habrían residido varias familias. Por esa razón se suele hablar de "casas comunales". En su trazado son semejantes a unidades descriptas para Quilmes, Rincón Chico y otros núcleos de Yocavil.

Avanzado el período, parte de la población se agrupó en centros ubicados en la cúspide de cerros o en mesetas con fines defensivos —tipo pucará— tales como Loma Negra de Azampay, cerro Colorado de la Ciénaga de Abajo, Puerta de Corral Quemado y Eje del Hualfin. Con menor jerarquía, operaban otros sitios como Las Manzas, al sur del valle. Las viviendas eran cuadrangulares, de pirca doble. El centro hegemónico o cabecera principal parece que fue la Loma Negra que, con unos 45 recintos y una diferenciación funcional de las habitaciones, superaba sensiblemente en tamaño y calidad al otro centro de Hualfin.

El desarrollo económico y sociopolítico les permitió expandir su influencia en el entorno social, con mayor énfasis en el valle de Abaucán. En dicho ámbito, una economía agropecuaria plena permitió mantener una densidad de población que se instaló en las fajas fluviales de la cuenca formando grupos de aldeas dispersas, verbigracia las zonas de Copacabana y Barranca Larga. A mitad del período, se desarrollaron centros poblados sobre terrazas o cerritos elevados, como Guanchín y Mishma. Próximos a los asentamientos, se ubicaban los cementerios con sepulturas de individuos adultos, mientras los niños pequeños eran colocados en urnas cerámicas de estilo local o con influencias de Sanagasta. El dominio político de Belén dejó sus huellas tanto en los asentamientos de Tatón, Mishma y Batungasta, como en la iconografía cerámica.

Otra probable extensión de la organización Belén ocurrió en Antofagasta de la Sierra con la habilitación de núcleos como el pucará de La Alumbreira y Coyparcito, donde el énfasis se habría dado en la explotación ganadera y la extracción de minerales de la Puna. Ese centro de intercambio y almacenamiento habría proseguido en funcionamiento durante el Belén-inca. Hacia el este, la influencia de Hualfin se extendió al bolsón de Andalgalá. Con un desarrollo autónomo y una tendencia a la expansión hacia otras regiones, la organización de Belén mantuvo relaciones a distancia con Yocavil en una situación de relativo equilibrio, aunque por momentos habría predominado el poder de Yocavil. Los incas construyeron instalaciones imperiales de primer rango, como Shincal, y en la época de guerras contra los europeos fue uno de los núcleos diaguitas resistentes, sobre todo en el segundo período de las rebeliones, en tiempos de Chelemín, hacia 1636.

Núcleos de Sanagasta y Angualasto

En ambientes serranos de La Rioja, se desarrollaron, entre los siglos X y XV d.C, poblaciones en estrecha relación con las contemporáneas de los valles de Hualfin y de Abaucán. Así lo testimonian los numerosos cementerios de párvulos, como los excavados por Eric Boman en San Blas de Los Sauces y en Talacán, donde se usaron vasijas locales de estilo Sanagasta junto con otras de Belén. Otro territorio estuvo ubicado en la cuenca del río Salado, al oriente de la sierra de Famatina, en localidades como Chilecito y centros de tipo defensivo como el pucará del Medio y el de La Puerta, a los que servían de sustento la agricultura en las fajas aluviales con irrigación, la ganadería y la caza. Es posible que la explotación minera haya estado desarrollada en la sierra homónima y que luego fuera amplificada en su escala de producción durante la dominación inca, como indicarían los socavones mineros y los restos de pircas observados por Guillermo Rohmeder y Juan Schobinger en Real Viejo.

Otro proceso ocurrió en la cuenca del río Vinchina, al oeste de la provincia. Las poblaciones construyeron pucarás sobre cerros de difícil acceso como en La Troya, El Carmen y El Toro, y también pueblos bajos en la modalidad constructiva de paredes de barro que caracterizó a esa región con extensos barriales sin piedras. Esa técnica se usó en El Pedregal y Guandacol, y se continuó

hacia el sur, en los valles preandinos de San Juan. El de mayor magnitud fue el poblado de Angualasto, ubicado en la margen derecha del río Jáchal, que llegó a extenderse por una superficie de 4 km². Los restos de habitaciones rectangulares, con un largo pasillo de ingreso y gruesas paredes de tapia, indican una población grande, de mayor densidad que la que existía a comienzos del siglo, cuando estuvo Salvador Debenedetti. Había otras estructuras más grandes al norte, al centro y al sur del sitio, con una gruesa capa de guano. Estos corrales debieron servir de lugar de reposo y de recambio de las llamas "cargueras" en su tránsito hacia el sur y el occidente. Los silos de almacenaje eran subterráneos con techo de caña y totora, similares a los que estaban en uso a comienzos del siglo XX. El mismo tipo de asentamiento con paredes de tapia se extendió aguas arriba en la localidad de Chinguillos y aguas abajo, en Pachimoco.

Los niños pequeños eran inhumados en cántaros globulares o en grandes cuencos decorados en el estilo Angualasto o Jáchal negro sobre rojo. En cuanto a los adultos, las formas de entierro fueron variadas, y muestran diferencias en el comportamiento ante la muerte. Se descubrieron "osarios" sobre la barranca del río, entierros individuales o múltiples, en posición flexionada o extendida, en fosos directos en la tierra sin ofrendas, o en forma de fardos funerarios, en el interior de estructuras funerarias cuidadosamente construidas en la tierra, como la "momia de Angualasto". El ceremonialismo de estas sociedades se expresó también en el arte rupestre grabado en bloques rocosos aislados o en los "campos de petroglifos" como en Campanas y Cañón Seco, en el departamento de Famatina y en Talampaya. Los diseños no figurativos de motivos curvilíneos son similares en los tejidos y en la cerámica Sanagasta. Otra modalidad se manifestó en Conconta, con la realización de figuras antropomorfas con tocado en forma de tumi o ancla, adorno ampliamente difundido entre las sociedades guerreras de la época.

Un activo comercio parece haberse dado con otros valles andinos, como Belén, Abaucán y Andalgalá en la vertiente oriental, y con los valles de La Serena y Copiapó, en la vertiente pacífica. De esa última región llegaban vasijas de estilo Copiapó y valvas marinas, como caracoles (*Concholepas* sp.) y bivalvos (*Pecten purpuratus* y *Semele* sp.) lo que sugiere un desarrollo poblacional y social de niveles muy similares a otros lugares del Noroeste.

La envergadura y complejidad estructural de los grandes asentamientos del Noroeste argentino como Tilcara, Tastil, La Paya, Quilmes y Azampay permiten plantear la existencia de centros urbanizados donde vivía gente de élite y del común, así como grupos de artesanos que producían bienes de prestigio muy apetecidos por otros grupos. La organización de la vida urbana se manifestó, entre otros rasgos, en la preparación de lugares específicos para alojar la basura producida diariamente por la población, según distintos barrios, tal como ha sido estudiado en el pucará de

Tilcara. Por otro lado, la posición de muchos de ellos en altos riscos o mesetas de difícil acceso, o con un único ingreso como el caso del pucará de La Rinconada en Jujuy, sugiere un sistema de control social pautado y estrategias defensivas ante la eventual penetración de otras sociedades en conflicto.

LA PRODUCCIÓN ESPECIALIZADA Y LOS ESTILOS REGIONALES

El desarrollo artesanal, de larga data en el Noroeste, había alcanzado niveles de excelencia en la producción de útiles y de bienes suntuarios antes del arribo de los incas. La formación de "especialistas" estuvo vinculada al proceso metalúrgico, la tejeduría y la fabricación cerámica, entre otras manufacturas. Sin embargo, en las sociedades prehispánicas estos productos no pueden ser evaluados exclusivamente desde una perspectiva económica y tecnológica, dado que una parte importante de los bienes producidos estuvo encaminada a usos ceremoniales y de élite, hecho que promovió el surgimiento de estilos artísticos regionales muy estructurados. No hay que olvidar que fundir, entre otros procesos tecnológicos, debió ser considerado como un acto mágico y fuertemente creativo, imbuido de una carga simbólica considerable. A través de la manipulación humana, por parte de trabajadores especializados, se transformaron sustancias naturales, como los minerales y los combustibles, en productos de alto valor cultural, los bienes metálicos.

Debió existir una forma de organización desde el poder político que regulaba la obtención, el transporte y la provisión de insumos, tales como el combustible, los fundentes y los minerales para la metalurgia. Las sociedades de los valles Calchaquíes y de Hualfín explotaron hábilmente vetas de mineral de cobre, estaño, plata y oro. Uno de los focos de extracción fueron las sierras de Capillitas y de Atajo en Catamarca, y Famatina en La Rioja, sin desdeñar otros filones más pequeños. Los

talleres metalúrgicos que funcionaron en los valles, como los de Rincón Chico en Yocavil, permiten inferir diferentes facetas y fases de la producción metalúrgica en una escala superior a la doméstica. La aleación de bronce de buena calidad, además del oro y la plata, se usó para la obtención de objetos suntuarios y de ornamento corporal, tales como brazaletes, anillos, colgantes, pinzas depilatorias y campanillas. También se producían herramientas para trabajos especializados, como hachuelas y variados tipos de cinceles para el repujado y la talla de la madera.

Un singular estilo quedó plasmado en las placas y campanas metálicas de Santa María y Belén. La decoración con ofidios (serpientes bicéfalas) y chinchillones, en combinación con caras humanas, fue predominante, así como las figuras de guerreros con grandes escudos. Avanzado el período y durante la dominación inca, se centralizó en la representación de cabezas humanas cercenadas, prosiguiendo su fabricación inclusive durante la época colonial temprana. El complejo ceremonial, probablemente vinculado a sacrificios humanos y de animales, se completaba con hachas que en su mango llevaban grabados de grecas y rostros. Como lo ha señalado Alberto R. González, esas sociedades pusieron la artesanía al servicio del ritual guerrero y religioso. Se hacían además hachas con alvéolo para enmangar y hachas T con orejas. Otro artefacto notable fue la manopla o empuñadura de bronce, cuya función habría sido la de tensor del arco. Algunas veces eran simples, en otras llevaban una porción saliente que podía estar decorada con grecas, escalerados o con dos siluetas zoomorfas y unas protuberancias en su parte superior.

La producción cerámica se diversificó cubriendo, mediante formas específicas, distintas funciones tales como las actividades culinarias, de almacenaje, servicio de vajilla para alimentos y bebidas, y vasos para fines rituales o funerarios, así como vasijas de elaborado diseño para la inhumación de niños pequeños en Santa María y Belén.

El arte santamariano, que tuvo su clímax en el valle de Yocavil, se expresó en distintos soportes, pero sobre todo fue en la cerámica donde se plasmó un complejo juego de imágenes. El estilo es muy conocido debido al alto número de urnas y pucos existentes en colecciones y, en segundo lugar, por el grado de estandarización del patrón formal e iconográfico. Decoradas en negro y rojo, o sólo con líneas negras, sobre un fondo blanco, se componen de tres partes formales: una base tronca-cónica, un cuerpo globular y un cuello evertido que posee siempre la representación de una cara antropomorfa que se desdobra en ambos lados de la vasija. El arco de las cejas, los ojos oblicuos y la boca, así como los brazos en el vientre del recipiente, podían ser aplicados en relieve o pintados.

Los paneles que crean la trama del diseño tripartito combinan líneas paralelas o angulares con motas negras, triángulos o rombos, escalonados con volutas y grecas con motivos figurativos. Entre los zoomorfos sobresalen el grácil ñandú o suri en actitud de correr, el sapo y la serpiente en forma de S con dos cabezas (anfisbena).

Las figuras humanas que suelen aparecer en el cuello están provistas de largas túnicas o cubiertas por grandes escudos. Es posible que estos temas hayan actuado más como metáforas visuales de ideas o conceptos del mundo religioso y simbólico que como representaciones naturales de seres del mundo biológico. El lenguaje pictórico de este estilo es abigarrado y cerrado, en el sentido de la repetición de un universo limitado de elementos de diseño; pero al mismo tiempo, éstos se combinan en diversas unidades sugiriendo una participación activa de los artistas en la creación de nuevos modos, lo que fue produciendo un paulatino cambio en su seno. El reconocimiento de ese proceso llevó a investigadores de la década del 70 a proponer seis fases estilísticas, con valor cronológico, desde la fase O, la más antigua, a la fase V en el siglo XVI. Sin embargo, la doble modalidad en que se estructuran los temas y la gran variedad en su distribución espacial (que permite reconocer además de Yocavil, otras tradiciones en Calchaquí, Valle Arriba o Cafayate y Pampa Grande-Santa Bárbara) deben trascender la mera cronología y representar diversas inclusiones y exclusiones sociales dentro del mundo calchaquí.

En la época final del santamariano circularon y se asociaron otros estilos en las ofrendas funerarias de ciertas personas del valle meridional. Uno de ellos fue el Yocavil bicolor y policromo (negro y rojo sobre blanco). Se caracterizó por elementos geométricos y figurativos. Entre éstos se halla un ave estilizada vista de perfil con las alas abiertas. El otro grupo fue el Famabalasto decorado en negro sobre un rojo brillante con motivos de "manos" o triángulos y líneas rectas, entre otros elementos. En ambos se han señalado similitudes, tanto en su excelente manufactura como en los motivos, con la alfarería tardía de Santiago del Estero.

El otro gran estilo de época fue el Belén. Las urnas y los cuencos que le servían de tapa están decorados en negro sobre un fondo rojo morado, que puede estar bruñido. Las primeras son vasijas de ancho cuello y de poca altura que se caracterizan por un contorno compuesto por tres secciones: una base en cono, un cuerpo ovoide y un cuello evertido, a los que corresponden igual número de paneles horizontales con motivos geométricos de líneas onduladas en la base, y de triángulos, espirales, escalonados, losanges encadenados o dameros en las otras dos. En el registro central, o vientre de la urna, podían desplegarse dos representaciones de la serpiente, con una cabeza y dos colas, con dos cabezas y cuerpo en S o en forma de greca y tres cabezas; o podía estar ocupado por una cara de rasgos humanos, modelada con cejas, nariz y ojos por medio de tiras de arcilla en altorrelieve. En su mayoría, los diseños centrales eran remarcados en su contorno por una gruesa línea grabada. Las escudillas que se usaban como tapa de las urnas o para otros fines rituales solían llevar, en su cara interna, la representación de batracios o de mamíferos de larga cola y cabeza triangular, coronada a veces por dos apéndices en voluta (chinchillones).

El arte cerámico de Abaucán compartió rasgos con el Belén pero mantuvo diferencias en la particular configuración de diseño y en la forma. Las urnas funerarias solían llevar, al igual que los otros dos estilos, caras antropomorfas en relieve. El diseño en líneas negras, sobre un fondo blanquecino, se compone de reticulados, bandas festoneadas, banderines o triángulos concéntricos, volutas dobles en S y cheurones (serie de V), elementos que muestran reminiscencias de la cerámica Sanagasta.

Las fibras de vegetales como la cortadera, el junco y el "chaguar" sirvieron para tejer varios tipos de recipientes en cestería. Del valle de Santa María, del Cajón y de Abaucán proceden bellos cestos con diseños geométricos hechos con lanas de varios colores o con series de figuras de camélidos. De igual modo la tejeduría en lana de camélidos debió estar muy desarrollada, a juzgar por algunos textiles conocidos que llevan guardas con grecas. En madera circularon varias clases de instrumentos utilitarios tales como los "cuchillones" y las palas para tareas textiles, así como otros vinculados con rituales, como las tabletas para la absorción de polvos alucinógenos que fueron talladas en forma de animales, como el quirquincho, o con uno a tres personajes en el mango. Era común la decoración de mates o calabazas mediante la técnica de pirograbado por medio de motivos geométricos o con el típico tema de la serpiente bicéfala, figuras con escudos o rostros antropomorfos y volutas en técnica negativa.

Las expresiones de Belén y Santa María, más allá de sus particularidades, estaban cargadas de un similar simbolismo materializado en una iconografía que se centraba en la figura humana y tenía como acompañantes seres del mundo biológico, como los ofidios, el sapo, el suri y otras aves. Constituyen el más acabado ejemplo de la generación de estilos de época de amplio alcance que, por su mensaje o narrativa tan cristalizada, eran usados por parte de grupos sociales como vehículo de expresión y reproducción de contenidos ideológicos y como forma de apropiación de la cosmovisión institucionalizada en una de las regiones del Noroeste argentino de mayor desarrollo político y social.

El arte en Sanagasta y Angualasto dejó de lado el carácter figurativo; mantuvo, en cambio, el uso de símbolos abstractos similares a los utilizados en Belén y agregó otros nuevos, como el motivo del "helecho" o línea con doble escalonado, los triángulos y volutas. Las vasijas son de forma ovoide, con pequeña base y dos asas horizontales. De pasta rojiza, han sido decoradas en negro y rojo sobre blanco, o tan sólo con dibujos negros sobre el fondo blanquecino o natural. El diseño se estructuraba en uno o dos paneles por cada campo decorativo mientras que fajas lisas y angostas se intercalaban marcando el ritmo de repetición. Los registros podían estar compuestos por un solo motivo, como rayas o bandas rectas, onduladas o festoneadas, reticulados en "losange" o escalerados; o uno de ellos se conformaba por bandas oblicuas dentadas o en festón y el otro por una serie cheurones de contorno escalonado, triángulos dentados o con volutas simples o dobles. Los cuencos que acompañaban a las urnas como tapa, son similares en pasta y llevan una decoración pintada, análoga a la de las urnas de la misma clase. Las asas de las escudillas son mamelonares y los pequeños cubiletos que solían acompañar al párvulo como ofrenda se particularizaban por hileras similares de pitones cónicos que remarcan la división de las guardas.

La quebrada de Humahuaca y la Puna norte fueron el espacio de circulación de estilos de composición geométrica depurada, que en el caso de la cerámica es de dos colores, negro sobre un engobe rojizo morado o con el agregado de blanco. Característicos jarros con cuello evertido,

cántaros ovoides, ollitas y escudillas de varios tamaños cubrían el conjunto de funciones tanto prácticas como ceremoniales. El registro en paneles verticales rellenos con reticulados o cheurones, triángulos espiralados o con proyecciones de rayas, a los que se conoce como el motivo de manos y escalerados triangulares, constituyen los elementos de diseño básicos que se combinaban de varios modos por traslación, rotación y simetría bilateral.

Tradicionalmente se han reconocido aquí dos modalidades estilísticas, el Hornillos y el Tilcara negro sobre rojo, que fueron en gran medida sincrónicas. Otra clase muy singular fue el Poma negro sobre rojo, dado que se compone tan sólo de escudillas convexas, muy bien decoradas en la superficie externa por anchas bandas curvilíneas de trazado continuo. De amplia popularidad en la parte media de la quebrada (están presentes en el 50% de las tumbas del pucará de Tilcara) se distribuyeron por el tramo meridional, así como en Tastil y en La Poma, alto valle Calchaquí. Debieron desempeñar un papel socialmente emblemático, al mismo tiempo que cumplían una función práctica específica como recipiente para beber chicha y como tapa de los cántaros contenedores de la apreciada e imprescindible bebida en distintos eventos sociales.

En la zona de Yavi y en los territorios vecinos de Bolivia (Chichas) se gestó otra tradición cerámica que produjo en épocas tardías una bella alfarería, de excelente manufactura, con una pasta rosada homogénea. El estilo Yavi policromo incluye entre sus formas botellones con caras modeladas en el cuello, cántaros con dos asas tipo baldes, y escudillas, decoradas con líneas negras sobre superficie beige o anaranjada o sobre un engobe rojo morado, con motivos de triángulo espiralado en diversas combinaciones o con área de dibujos en forma arriñonada, rellenos con reticulados o pintados con línea llena.

El arte rupestre regional muestra vinculaciones estilísticas con esas manifestaciones. La alfarería Yavi circuló en amplias regiones, en el valle de San Juan Mayo, Lipez y aun en Atacama y el alto Loa, Chile, lo que indica el prestigio y el valor de circulación que tenía el estilo. Su tradición tecnológica y estilística aportó una de las bases sobre las que se conformó el estilo Inca Paya, durante la esfera de dominio incaico sobre las sociedades del Noroeste argentino. Por otra parte, las similitudes de los diseños de las calabazas pirograbadas que se han recuperado en la Puna permiten visualizar una selección del repertorio iconográfico y diversas esferas de significación que involucran el norte de Chile y la Argentina y el sur de Bolivia.

La elaboración de bienes suntuarios o de prestigio y la emergencia de estilos distintivos con fuerte carga simbólica, como es el caso de la representación de cabezas cercenadas, y que se expresaban en soportes materiales diversos, fueron características de los desarrollos regionales en el Noroeste argentino. Existió, sin duda, una estrecha vinculación entre esos bienes y los fenómenos de complejidad social que requerían mecanismos, como la imposición de estilos e instituciones religiosas formalizadas, que sirvieran a los intereses de las élites dominantes contribuyendo a la consolidación del poder político en el interior de los grandes conjuntos sociales. Esos bienes también se constituyeron en medios de intercambio de alto valor, que llegaban a circular a grandes distancias, tal vez en la medida del prestigio que tenían para otras élites del mundo sudandino y sus fronteras. Un caso sobresaliente de estos fenómenos fue la circulación del estilo santamariano desde Perú (Cuzco) y Bolivia (Cochabamba) hasta la Patagonia central durante el siglo XVI.

VESTIMENTA Y JERARQUÍA

La vestimenta puede usarse, además de sus utilidades funcionales, para indicar signos cruciales en las interacciones sociales como género, rango u oficio, así como pertenencia étnica. Los ítem de uso personal actúan como símbolos en la comunicación debido a que son visibles desde la distancia, en contextos sociales grandes como los centros poblados que existieron en todos los Andes meridionales. En la sociedad andina la ropa fue un medio apropiado para los despliegues de ostentación, a través del acceso diferencial a la calidad y el tipo de textiles que podían usar las distintas personas, y fue soporte para la expresión de aspectos simbólicos muy importantes como los conceptos de dualidad, tripartición y cuatripartición.

En el Noroeste argentino se dio un largo desarrollo de la producción textil, de varios miles de años. Las evidencias tardías provienen de lugares con especiales condiciones de preservación como los sitios puneños de Santa Catalina, San Juan Mayo, Sorcuyo, Sayate, Doncellas y Casabindo en Jujuy, y los valles muy secos del occidente de San Juan. En menor proporción han aparecido en

valles como Tilcara, Tastil, Santa María, Belén y Chaschuil e inclusive en la ceja de selva, en El Talar.

La indumentaria se componía de camisas o túnicas (*unku*), ponchos o mantas, gorros y fajas, realizados en telar, mediante la técnica de faz de urdimbre en lana hilada de camélidos, en su gran mayoría. Las túnicas eran piezas rectangulares, dobladas por la mitad y cosidas a los costados, dejando una abertura para la cabeza y para los brazos. Su tamaño era bastante regular, entre 1 m y 1,20 m de largo, desde el hombro hasta el ruedo. Para lograr diseños recurrieron al uso de urdimbres transpuestas, de color rojo y azul, que formaba cuñas. En otros casos llevaban bordados multicolores en los laterales y en el extremo inferior, correspondiente al ruedo, en franjas de motivos geométricos. Los ponchos, en cambio, no se cosían a los costados, a fin de usarlos como manto exterior, por encima de la camisa. Eran lisos o con guardas. También había ponchos "peludos" que imitaban la piel de los camélidos, sumamente abrigados para las travesías por los gélidos ambientes del altiplano. Ante la falta de bolsillos, se usaban pequeñas bolsas (*chuspa*), con tiras que se colgaban del cuello.

Por testimonios del siglo XVI se sabe que el vestido era similar en los diaguitas como en los humahuaca y los chicha, y variaban los estilos de representación. Entre los calchaquíes, los hombres usaban manta y camiseta larga hasta los tobillos. Cuando iban a la guerra, la levantaban con una faja ceñida a la cintura. Acostumbraban a llevar los cabellos largos, sujetos con vinchas de lana adornadas con plumas de colores y se cubrían el rostro con pinturas faciales. Usaban, además, pinzas depilatorias de cobre. Las mujeres vestían igualmente túnicas largas, que en el caso de las doncellas eran de colores. Se arreglaban el cabello por medio de diversas formas de trenzas anudadas con cordeles o cintas de colores. Un buen ejemplo es el peinado de trenzas con moño que muestra la "urna Quiroga" del Museo Etnográfico de Buenos Aires. Las personas, según la jerarquía social, podían portar diversos adornos de metal —aretes y placas con motivos de serpientes, escutiformes y cabezas cercenadas— así como collares de turquesa, malaquita o madreperla. Las inclusiones y exclusiones étnicas se extendían a la biología a partir de la moda de deformar la cabeza a los niños, por medio de tablillas móviles o por bandas circulares, como en Jujuy, o mediante una cuna deformadora como era costumbre en los valles Calchaquíes.

El formato de los sombreros podía variar según las regiones. Tanto de la Puna como de los valles andinos se conocen tipos de boina, tejidas por anudado, y a veces adornadas con un penacho de plumas. En Jujuy se usaban también gorros que constan de un casquete tejido y una corona de paja forrada de piel, al modo de los pueblos de Atacama. Una rareza es un sombrero con copa y ala publicado por Lehmann-Nitsche, que fue confeccionado con capullos de insectos, posiblemente de cigarras.

El atavío se completaba con el calzado típico de la región, las sandalias u "ojotas" de cuero curtido. La suela de los dos pares que tenía la momia de Angualasto, además de estar pintada de rojo, estaba bellamente decorada mediante repujado con el mismo motivo de volutas de la camisa que llevaba puesta. Es interesante que las sandalias muestran huellas de uso y no son meras ofrendas mortuorias. El personaje de atuendo tan importante debió cumplir alguna función ceremonial destacable, durante la cual se ataviaba con la vestimenta que expresaba y remarcaba su especial jerarquía. Entre otros aspectos, las categorías sociales jerarquizadas se expresaban a través de la calidad de los tejidos así como por la abundancia y riqueza de los ajuares mortuorios que se exponían en el momento de la inhumación del difunto en estructuras funerarias que se abrían reiteradamente para alojar a otros individuos de la misma stirpe. Otras formas de expresión son las representaciones de personajes vestidos en las urnas Santa María y en pinturas rupestres como las de Carahuasi en Salta, y Rinconada, en Jujuy. Por otro lado, las figuras de personajes portando grandes escudos o petos decorados que les cubrían enteramente el cuerpo sugieren una actividad guerrera institucionalizada. Estos escudos protectores debieron ser de cuero o de tejido grueso. Las armas básicas eran el arco y la flecha, además de hondas, rompecabezas y lanzas. Las distintas parcialidades se distinguían por la decoración y las plumas de sus flechas.

SOCIEDAD Y RELIGIÓN

Las sociedades andinas concebían al paisaje como algo vivo, animado por las fuerzas sobrenaturales. Las montañas y los altos cerros, llamados *apu* en quechua y *achachila* en aymara, han ejercido una influencia sobre las comunidades cercanas durante milenios, que sigue en la actualidad. El agua, el líquido fundante de la actividad agrícola, es vista como corriendo desde los lagos y vertientes de la alta montaña para eventualmente llegar al mar, desde donde sube al cielo y desde allí es vuelta a distribuir como lluvias estacionales que bañan los cerros sagrados, objeto de veneración de las comunidades. Con esa concepción se vincula la noción de pukara, que debía ocupar un lugar elevado para establecer la relación con los antepasados y con la fertilidad de las tierras de sembríos o chacras. El calendario agrícola requería la predicción de los ciclos anuales de lluvias y del crecimiento de las plantas. Desde larga data se observaban los cambios en las condiciones terrestres, en correlación con modificaciones en los aspectos del cielo, en particular, la Vía Láctea o "río celestial", y el movimiento de cuerpos celestes, como el Sol y la Luna. Entre las ricas supervivencias de la cosmología prehispánica, la más extendida es la veneración por la *Pachamama* (madre tierra) a quien se le ofrendan hojas de coca, alcohol y otros bienes, de acuerdo con el ritual y la plegaria que a ella se eleva, tanto en vinculación con la producción de la tierra como cuando hay situaciones de enfermedad o riesgo.

Si bien los estudios sobre la organización social y las prácticas religiosas de las sociedades prehispánicas del Noroeste argentino son escasos, existe un consenso acerca del funcionamiento en la misma de esta estructura religiosa panandina en la cual el Sol, el trueno y los cerros jugaban un papel primordial, además de los seres animados —en particular, los animales de los diversos ámbitos, tales como los camélidos, los felinos, el avestruz, o suri, la serpiente y los batracios—. Hay referencias de los cronistas acerca de estas creencias donde se relatan ritos en lugares especiales con figuras que representarían a los seres o fuerzas sagradas, el Sol, el trueno, la lluvia y el viento. Alberto Rex González se ha interesado por los centros dedicados al culto, denominados "mochaderos", donde se realizaban ceremonias con distintos símbolos materiales, tales como ídolos en forma de tablillas de madera que se clavaban en el suelo de los senderos de ingreso, sonidos metálicos de los "tantanes" y la luz del sol, que se reflejaba en los espejos o *cailles*. En situaciones excepcionales, tal vez en prolongadas sequías o epidemias, se recurría a las ofrendas de la vida de seres humanos y animales.

Los sacrificios de personas, aunque menos frecuentes que en la época de los señores de La Aguada, existieron tanto en sociedades de Jujuy como de los valles Calchaquíes. Testimonian dicha práctica los cráneos-trofeos hallados en contextos fúnebres de Humahuaca, Belén y Andalgalá. Del mismo modo, Eduardo Casanova planteó que las cabezas cercenadas de Sorcuyo habrían resultado de prácticas guerreras de índole ritual, en las cuales pudo conservarse el uso de una antigua arma: el propulsor o lanzadardos. Otros casos de sacrificios humanos habrían estado relacionados con ritos de fertilidad, de los cuales la fiesta del *chiqui* del siglo pasado en los valles Calchaquíes podría ser una reminiscencia. Una de las maneras de acercarse desde la arqueología es a través de las representaciones expresadas en objetos de culto. En las figuras de las urnas Santa María y Belén, así como en pinturas rupestres, aparecen personajes que exhiben cabezas humanas colgando de su cintura o apoyadas sobre el hombro. Es posible que se refieran a los oficiantes de esos cruentos ritos. Las prácticas chamánicas por inducción a través del consumo de sustancias alucinógenas siguieron en uso aunque en forma reducida con respecto a los siglos previos. Las ofrendas que acompañaban a la persona momificada de Angualasto incluían tubos para aspirar polvos; y en los ajuares de difuntos en Doncellas, Rinconada, Yacoraite, Los Amarillos, La Paya y Yocavil había tabletas de rapé. Al parecer la vida social y las relaciones entre los grupos estuvieron reguladas por un sistema de controles jerárquicos en una organización que se centralizaba en las cabeceras políticas y en la figura de un señor que "era obedecido ciegamente" y cuyo poder se había hecho hereditario en el siglo XVI, tal como se ha documentado en los quilmes. En ese sistema de cohesión social en donde la élite debía reforzar frecuentemente su grado de dominio en un ambiente de alta competencia con otros líderes, parece haber jugado un papel importante la relación con los dioses como medio legitimador del poder terrenal así como propiciatorio de las lluvias, buenas cosechas y pastos para el ganado. Ciertos sitios con grandes rocas y árboles como el algarrobo o *tacu* habrían sido también objeto de veneración

junto con los cerros. Los sacerdotes u oficiantes del culto habrían tenido edificios especiales como la "casa blanca" de Yocavil donde el falso Inca Bohórquez "comió y bebió con el Sol"...

El estudio del gran poblado en el "cerro tajado" de Rincón Chico parece indicar que en la parte alta y en la quebrada del Puma habría funcionado un área ceremonial con características de mochadero. Existe un barrio de la "casa blanca" en la cumbre y una plataforma de piedra con los tres colores sagrados del santamariano. Una especial acústica en la quebrada, una arquitectura muy cuidada y conjuntos de plataformas escalonadas al pie, donde se podía reunir la población, contribuyen a conformar un espacio en el cual los "tantanes" (campanas de bronce) y las "varillas con plumas" (figuras humanas talladas en tablas y adornadas) debieron participar en el escenario del culto. Un sistema similar, pero mucho más grande y complejo, puesto que se han constatado edificios incaicos bien definidos, existió al parecer en la gran localidad del antiguo Quilmes.

Además de sitios destinados al templo, había parajes con características especiales por su aislamiento y por la presencia de bloques rocosos aptos para recibir inscripciones y dibujos. Los campos de piedras grabadas o petroglifos debieron ser lugares de peregrinaje y de reunión en relación con las creencias y con la concepción del mundo de los pueblos de los valles Calchaquíes y Hualfin. También debieron cumplir un relevante papel en la comunicación social y en la distribución espacial de bienes y recursos naturales. Famosos son los bloques grabados de Ampajango y Andalhuala. Huellas de suri y otras aves, figuras humanas esquemáticas, camélidos, serpientes y, sobre todo, conjuntos de líneas sinuosas tapizan los bloques patinados por el tiempo. Campos de similar importancia funcionaron en Hualfin, Villavil y Carrizal de la Ciénaga, mientras que en las pinturas policromas de Coctaca y el abrigo de Los Emplumados, Jujuy, la narración se centraba en campos de composición geométrica y en representaciones de camélidos.

Otra de las formas de conocer el contexto ritual y de creencias es mediante el culto dedicado a los difuntos. A través del ritual y de las ofrendas se establecía la vinculación con los seres extraterrenales al mismo tiempo que se efectuaba una exposición de los signos de la persona en su posición dentro de la sociedad como mensaje a los vivos. Los enterratorios de la población Humahuaca fueron de varios tipos: de párvulos en urnas dentro y fuera de habitaciones; de adultos en sepulcros prolijamente confeccionados dentro de recintos, así como densos osarios y entierros primarios fuera de ellas. Tal variedad fue registrada por S. Debenedetti en el pukara de Tilcara y por Eduardo M. Cigliano en el de Juella, donde documentó, además, el entierro de un cráneo-trofeo de un individuo adulto en una vasija Tilcara negro sobre rojo.

Los pueblos de Calchaquí, Yocavil y Belén rindieron también un acendrado culto a sus muertos. Según el jesuita del Techo, los velaban durante varios días, había comidas rituales, danzas y exposición de la ropa del difunto hasta que por último era inhumado con sus vestimentas y ofrendas de alimentos, bebidas y otros bienes, en fosas cubiertas por amontonamientos de piedras. El luto duraba un año y a su término se celebraba un banquete conmemorativo.

El entierro de los difuntos podía efectuarse dentro de las casas o en cementerios separados de la zona residencial. Sobre todo, eran numerosos los cementerios de urnas. Los niños eran colocados en posición fetal en el interior de vasijas ventrudas, ya sea de uso doméstico y utilizadas luego como urnas, o en verdaderos sarcófagos de cerámica preparados específicamente. El caso más notable de ese ritual se dio en los valles Calchaquíes, con las famosas urnas San José y Santa María, dentro y fuera de las cuales colocaban pequeñas ofrendas. Los adultos eran inhumados en cámaras cilíndricas con tapa de lajas o tablas de cardón, que se abrían reiteradamente para alojar a nuevos difuntos de la misma filiación. Un variado ajuar acompañaba a los muertos, según su rango, sexo y edad. Las diferencias en jerarquía social se reflejaban en la disposición y la riqueza de los ajuares fúnebres.

La síntesis de las antiguas creencias con las innovaciones religiosas introducidas por el Estado inca en su expansión territorial se expresó en el culto dirigido al Sol en forma predominante al mismo tiempo que proseguía la veneración a la Madre Tierra, que es lo que a la postre ha sobrevivido hasta hoy en los pueblos andinos del norte argentino.

RELACIONES TERRITORIALES EN EL ÁMBITO SUD ANDINO

La construcción de fortalezas en las fronteras exteriores de los Andes del sur, desde el Titicaca hasta los confines meridionales, ocurrió en ambas vertientes andinas. El papel de los "pucarás"

citados por Cieza de León y otros para la cuenca lacustre como en las sociedades collas y lupacas ilustra muy bien la situación de conflicto generalizado que predominaba en los Andes durante el período tardío, antes de la dominación inca en la región. Esa condición se extendió hacia el sur por los territorios de Lípez, Chicha, Humahuaca, Atacama, Copiapó, Chicoana y Quirequire, hasta el propio corazón del Noroeste argentino. Verdaderas líneas defensivas de fortalezas se disponían a lo largo de la cordillera occidental y oriental controlando las cabeceras de valles y cuencas como la del salar de Atacama con su pukara en Quito. Por otra parte, había asentamientos fortificados en las fronteras interiores que demarcaban límites entre organizaciones sociopolíticas vecinas, como los casos de Humahuaca y Tilcara, Calchaquí y Yocavil, Belén y Abaucán, etc. Es posible que esto esté reflejando situaciones cambiantes de alianzas territoriales en un contexto de conflicto social endémico. Pero a su vez, las redes de intercambio muestran que la circulación era posible en forma pautada a través de determinadas rutas y puertos de transacción como los que se siguieron usando entre ambas vertientes de la cordillera, a la altura del trópico.

Las interacciones entre las jefaturas fueron complejas e incluían tanto relaciones positivas de intercambio y reciprocidad como negativas, por intereses en pugna, lo que generó los sistemas de asentamientos en puntos elevados del paisaje que resultan característicos de la época. Dentro del territorio de Calchaquí y Yocavil, los señores habrían mantenido una interacción mutua de alianzas, tanto en la esfera económica como simbólica y social, necesarias para preservar la cohesión del sistema productivo y su defensa contra otros pueblos foráneos. Esto parece que operó también con el valle de Lerma y quebrada del Toro, dentro del ámbito amplio santamariano. En cambio la relación hacia afuera, con otros señoríos como el de Belén, su vecino más próximo, fue más distante, situación que se trastocó totalmente en el período inca con la presencia de gente de filiación Hualfin en el valle de Yocavil y por la producción de un estilo mixto Santa María-Belén. La capacidad de organización bélica de los pueblos diaguitas, adquirida durante al menos tres siglos de guerras, fue puesta en práctica en forma inteligente y tenaz ante las poderosas huestes del Estado inca y, luego, del español.

En el extremo sur, los sitios defensivos en los valles andinos de La Rioja y San Juan también sugieren que las situaciones de beligerancia rozaron a Cuyo aunque los sistemas sociales de Sanagasta y Angualasto mantenían relaciones fluidas, a través de los pasos cordilleranos, con las formaciones de Coquimbo, en el norte húmedo chileno, así como con núcleos de Abaucán y Andalgalá.

En el borde puneño occidental desarrollaba su poder el señorío de Atacama, sustentándose en un activo comercio de bienes y de materias primas con el altiplano meridional boliviano y jujeño así como con sociedades de la ceja de selva de Cochabamba a Tarija, mientras que mantenía una relación controlada con las organizaciones de los valles Calchaquíes y Belén. Es de destacar que con éstos mantuvieron un intercambio de lo que podríamos denominar símbolos de excelencia, los metales estañíferos en particular, las placas de bronce con los elaborados diseños que particularizan el estilo Santa María o Yocavil. Tampoco es casual que estos bienes tan especiales hayan circulado en redes a larga distancia, llegando en el siglo XVI hasta los territorios de los tehuelches de Chubut, donde un personaje masculino fue acompañado en la ceremonia de inhumación con un rico ajuar en el cual sobresalía una placa santamariana de bronce. Una situación similar se puede señalar entre las sociedades de la quebrada de Humahuaca y los valles Calchaquíes. Parece que aquí el nexo fue el territorio de Tastil, que mantuvo relaciones con la Puna, Tilcara y Volcán y con la zona pular, mientras guardaba distancia con las élites del valle de Yocavil.

A mediados del siglo XV se produjo la penetración incaica en estas provincias meridionales, con los consiguientes fenómenos de dominación. El impacto debió cambiar aspectos materiales y sociopolíticos; sin embargo, el núcleo cultural fundamental y la lengua no se modificaron hasta la conquista española y después de soportar una situación de guerra durante más de cien años. Aunque oscurecidas por la Conquista y la evangelización, se mantienen en poblaciones de lugares recónditos del Noroeste argentino pautas culturales en modalidades alimenticias, manejo del ganado y de cultivos nativos, así como otras costumbres y creencias cuyas raíces se imbrican profundamente en el pasado aborigen.

BIBLIOGRAFÍA

Albeck, María E., *Contribución al estudio de los sistemas agrícolas prehispánicos de Casabindo (Puna de Jujuy)*, Tesis

- Doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1993.
- Berberián, E. y Raffino, R., *Culturas indígenas de los Andes Meridionales*, Alhambra, Madrid, 1991.
- Boman, Eric, *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Desert d'Atacama*, Imprimerie Nationale, París, 1908,
 ——— "Estudios arqueológicos riojanos". *Anales del Museo Nacional de Historia Natural Bernardino Rivadavia* 35, págs. 1-308, Buenos Aires, 1927-1932.
- Cigliano, Eduardo M. (Dir.), *Tastil. Una ciudad preincaica argentina*, Cabargón, Buenos Aires, 1973.
- Debenedetti, Salvador, "Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de San Juan", *Publicaciones de la Sección Antropológica* 15, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1917.
 ——— "Las ruinas del Pucará, Tilcara, quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy)", *Archivos del Museo Etnográfico* N° 2, Buenos Aires, 1930.
- González, Alberto Rex, *Arte precolombino de la Argentina*, Ediciones Valero, Buenos Aires, 1977.
 ——— *Las placas metálicas de los Andes del Sur. Contribución al estudio de las religiones precolombinas*, KAVA Band 46, Mainz am Rhein, 1992.
- González, Alberto R. y Pérez. Gollán, José A., *Argentina indígena. Vísperas de la conquista*, Paidós, Colección Historia Argentina 1, Buenos Aires, 1972.
- González, Luis R., "Bronce bajo el sol. Metalurgia prehispánica en el Noroeste Argentino", *Etnologiska Studier* 43, págs. 97-131, Göteborg, 1999.
- Krapovickas, Pedro y Aleksandrowicz, Sergio, "Breve visión de la cultura de Yavi", *Anales de Arqueología y Etnología* 41-42, págs. 83-127, Mendoza, 1986-1987.
- Ottonello, M. y Lorandi, M. A., *Introducción a la arqueología y etnología argentina: 10.000 años de historia*. Buenos Aires, EUDEBA, 1987.
- Palermo, Miguel A. y Boixadós, Roxana, "Transformaciones en una comunidad desnaturalizada: los Quilmes, del valle calchaquí. Buenos Aires", *Anuario EHS* 6, págs. 13-42, Tandil, 1991.
- Raffino, Rodolfo, *Poblaciones indígenas en Argentina*, 2a. Ed., Editorial TEA, Buenos Aires, 1990.
- Renard, Susana E, "Vestimenta y jerarquía. Los tejidos de Angualasto del Museo Etnográfico. Una nueva visión", *Revista Andina* 12 (2): 373-401, Cuzco, 1994.
- Sempé, M. Carlota, "La cultura Belén", *Actas XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, t. II. págs. 250-258, La Plata, 1999.
- Tarrago, M. N., "Sociedad y sistema de asentamiento en Yocavil"; *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 12:179-196, Buenos Aires, 1987.
- Tarrago, M.N., González, L. R. y Nastri, J., "Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana". *Estudios Atacameños* 14. págs. 223-242, San Pedro de Atacama. 1999

Trabajo digitalizado por Geraldine Gluzman para uso exclusivo de los alumnos
 de la Cátedra de Fundamentos de Prehistoria, FFyL, UBA